

Pro aris et focus

JOSE JIMENEZ DELGADO

Varias veces, en esta misma revista, he salido en defensa de la lengua latina y a ella, y a los estudios clásicos en general, he dedicado varios de mis artículos¹. La crisis contra el latín sigue su curso y los ataques, muchas veces desconsiderados e injustos, están a la orden del día, siendo lo más sensible que dichos ataques provengan a menudo precisamente de aquellas personas, que, por su responsabilidad o por sus cargos, deberían sentirse más obligadas a defender esa lengua sabia, que es, por confesión expresa del Vaticano II, lengua oficial de la Iglesia². Por eso la lucha en defensa del latín reviste caracteres de guerra santa. Es la religión, es la cultura, es la civilización entera la que está en juego en este disputar el puesto que corresponde a esta lengua, que, desafiando los siglos, ha llegado hasta nosotros, y que muchos quisieran ver desterrada de los templos y de los regios alcáceres de la ciencia. Hoy no seré yo quien hable. Quiero hacer

1 Mis principales artículos sobre la defensa del latín publicados en *Helmántica*, son: 'El latín lengua viva' 5 (1954) 275-281; 'El latín y los estudios eclesiásticos' 9 (1958) 3-26; 'Juan XXIII y el latín' 10 (1959) 189-205; 'Carta del Card. Stritch sobre el latín' 10 (1959) 351-354; 'Movimiento en favor del latín' 11 (1960) 345-357; 'El latín, disciplina clave' 10 (1959) 37-62; 'En defensa de las lenguas clásicas' 13 (1962) 95-109; 'El latín en la encrucijada' 18 (1967) 109-135.

2 La constitución sobre la sagrada liturgia del Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, 36, 1, establece lo siguiente: *Linguae latinae usus, saluo particulari iure, in Ritibus latinis seruetur*; cf. un amplio estudio a este texto en: *Comentarios a la constitución sobre la sagrada liturgia* (Madrid, BAC, 1964) pp. 300-307: *Liturgia y lengua vernácula*, por Juan Antonio Gracia, con bibliografía del caso. El 15 de marzo de 1961, en *L'Osservatore Romano*, apareció un editorial anónimo, que llevaba por título 'El latín, lengua oficial de la Iglesia'.

sólo de resonador de ideas y proyectos, lanzados recientemente por quienes sienten al vivo la causa del latín y saben ofrecer una defensa tan noble y sólida como lo es la causa que defienden. Van a ser tres valientes corifeos de la causa del latín los que, con voz serena y razones profundas, hablen a los lectores reafirmando en ellos la fe en los destinos de la lengua del pueblo príncipe del mundo, en frase titoliviana³.

I.—RAZONAMIENTO DE PIERRE GRIMAL

En un librito que acaba de publicar el Prof. de la Sorbona, Pierre Grimal, y del que recientemente me he ocupado, por la importancia que reviste, en la misma introducción del mismo⁴ desarrolla una serie de ideas luminosas sobre el papel preeminente que el latín ha desempeñado y debe seguir desempeñando como lengua y como fuente de cultura. Voy a intentar extractar rápidamente algunas de dichas ideas.

Aún no ha pasado —dice⁵— una generación desde que la rama de letras descansaba en la trilogía de griego, latín y lengua nacional. Esto era cuando aún no se había creado la licenciatura de letras modernas, la cual, aún después de quince años, no ha encontrado su verdadero cauce. ¡Tan cierto es que las instituciones necesitan su clima, según la naturaleza de las cosas, hasta lograr su reajuste y su equilibrio!⁶

Si uno se remonta más aún, hasta la época en que la cultura de los tiempos modernos toma su impulso, se ve que

3 Tit. Liv., *Praef.* 3: *...memoriae principis terrarum populi.*

4 Pierre Grimal, 'Guide de l'Étudiant Latiniste', *Presses Universitaires de France* (París 1971) 320 pp.; cf. la reseña del mismo en *Vita Latina* 44 (mense oct., anno MCMLXXI) 44.

5 Pierre Grimal, *o. c.*, *Introduction.*

6 El gran debate, a escala nacional, entre las lenguas clásicas y las lenguas modernas propiamente se desarrolló en Francia en 1923. Entonces era ministro de Instrucción Pública Léon Bérard, que asumió personalmente la defensa de los clásicos y, más en particular, de la lengua latina. Sus discursos parlamentarios publicados, a raíz del debate, representan una entusiasta apología del latín, con datos, que aún hoy mantienen su interés; cf. Léon Bérard, *Pour la Réforme Classique de l'Enseignement secondaire* (Paris, Librairie Armand Colin, 1923). Debo a la cortesía de D. Luis Vázquez de Parga, el haber podido utilizar este volumen, verdadera joya para los defensores de la causa de los clásicos y del latín en particular.

en el Renacimiento, en el entusiasmo de los primeros momentos, se quiso establecer el conocimiento de las letras y, en general, de todo aquello que distingue al hombre de la bestia —la *humanitas* frente a *feritas* o *immanitas*— sobre cuatro pilares: el latín, el griego, el hebreo y un poco de conocimiento de la literatura romance. Hace tiempo que el hebreo no se considera ya indispensable, porque la secularización y modernización de la ciencia ha hecho menos necesarios los contactos con las fuentes del pensamiento cristiano. Pero el latín y el griego han logrado sobrevivir; aunque hay que reconocer que el griego ha permanecido durante varios siglos algo así como el «pariente pobre» o, si se quiere, ha sido mirado como un lujo intelectual, del que se podía, en rigor, prescindir⁷.

Poco a poco, bajo la presión de la evolución económica y científica, fue necesario aumentar el número de sabios dedicados a las ciencias propiamente tales y a la técnica, generalmente con notorio descuido y, a veces, hasta con desprecio de la formación humanístico literaria. Esta situación ha creado un peligro para la cultura mundial⁸.

De todas maneras, el latín seguía ocupando un lugar de preeminencia en la formación intelectual y espiritual, prime-

7 Sobre la postración y olvido casi general, en que era tenido el griego en España a fines del siglo pasado, baste recordar unas palabras de D. Marcelino Menéndez Pelayo, en el prólogo a la *Gramática Griega de Curcius*, aparecida en 1887: «Hay que confesarlo —dice— (por mucho dolor que nos cause): desde el año 1805, fecha del último volumen del *Catálogo de las lenguas*, para nada vuelve a sonar España en la historia de los progresos filológicos». Y poco después añade con acento más dolorido aún: «¿Ni qué Filología ha de prosperar en esta nación, que, por privilegio singular y deshonoroso entre todas las de Europa, es la única que ha excluido el griego de su enseñanza elemental (entiéndase «secundaria»), sin que este desatino, consumado en 1867, haya logrado hasta la fecha enmienda ni reparación de los infinitos gobernantes que se han sucedido en estos veinte años, en medio de los mayores y más trascendentales cambios, revoluciones, caídas de dinastías, nuevas formas de gobierno, restauraciones..., en fin, cuanto cabe en el proceso histórico? Sólo para la pobre lengua de Homero, de Píndaro, y de Demóstenes, no ha habido revolución, ni nada en suma. Sólo para ella, o más bien para daño suyo, han cobrado eternidad los decretos y las reales órdenes, que, para lo demás, suelen vivir en España la vida de las flores. En perseguir al griego todos han sido unos». Cf. Jiménez Delgado, 'Panorama de los estudios clásicos en España' *Romanitas* 4 (1962) 253-267, revista brasileña de Río Janeiro.

8 Sobre el peligro del predominio del cultivo de las ciencias y de la técnica llamó la atención en varias ocasiones el clarividente Juan XXIII; cf. el estudio que publiqué sobre 'Juan XXIII y el latín', *Helmántica* 10 (1959) 189-205.

ro de los niños, luego de los adolescentes, hasta hace pocos años. Ahora las cosas han cambiado. El latín, según se dice, debe pasar a disciplina opcional, entre otras muchas, quedando sólo obligatorio para los especialistas⁹. Así se le derribaba del trono que ocupara, junto con las matemáticas, durante siglos, en calidad de disciplina clave. Por eso, el paralelismo establecido de antiguo entre el latín y las matemáticas, no tiene ya validez en nuestros días. Las matemáticas continúan aún como disciplina clave, porque son como el eje, el almacén común de todas las ciencias, tanto físicas como naturales, desde la biología hasta la sociología, pues se apoyan en el cálculo y en la medida, a base de la lógica matemática. Pero, ¿y el latín? ¿No es cierto que él es el nervio y el cañamazo de todo conocimiento lingüístico? Sin el latín no puede uno profundizar en las lenguas románicas, en historia, en la gama pluriforme de las lenguas indoeuropeas. Sin él se le cierran muchos caminos y muchas puertas al teólogo, al jurista, al historiador, al filólogo, al romanista. Imposible hacer nada serio en los dominios del español o del francés —pongo por caso— cuando falla el latín, que es la base. J. Marouzeau escribió a este propósito un valioso opúsculo titulado *Du Latin au Français*, demostrando el entronque insustituible y vital entre las dos lenguas¹⁰. Menéndez Pidal hubiera fracasado en su empeño de trazarnos los *Orígenes del Español*¹¹ y darnos el bosquejo de la *Gramática histórica del Español*¹², si hubiera carecido de un conocimiento básico del latín. Así podríamos decir de otros especialistas en el dominio de las diferentes disciplinas de la rama de Letras. Prescindamos de aquellas épocas remotas en las que el español no era más que el latín popular simplificado; lo que más importa es saber que las tentativas para hacer del español (y lo mismo debemos decir del francés, italiano, portugués) un medio de expresión literaria han tomado como punto de partida el latín de los escritores más representativos, desde Plauto a San Jerónimo

9 Así aparece, por desgracia, en los planes de estudio de alguna Universidad.

10 J. Marouzeau, *Du latin au français* (Paris, Edit. Les Belles Lettres, 1957).

11 R. Menéndez Pidal, *Orígenes del Español* 3 ed. (Madrid 1950).

12 R. Menéndez Pidal, *Gramática histórica del Español* 13 ed. (Madrid, Espasa-Calpe, 1968).

o San Agustín; es decir, la lengua literaria. Esta lengua, sin duda, ha evolucionado mucho de unas épocas a otras. No es lo mismo el latín arcaico de Ennio, que la prosa clásica de Cicerón, que el latín cristiano de Tertuliano; pero las variantes que se aprecian, no afectan fundamentalmente a su estructura morfológica, a su sintaxis coincidente en líneas generales, a su enunciado uniforme, al orden de sus palabras e ideas. Es precisamente esta estructura fundamental la que sirve de modelo para un Granada, un Cervantes, un Calderón, un Lope de Vega, por no citar más que algunos de los escritores clásicos más representativos de nuestra literatura.

Pero hay otro punto de vista, digno de tenerse en cuenta. La civilización antigua se basa en la palabra, y es precisamente la palabra escrita el vehículo, a través del cual, ha llegado a nosotros esta civilización. Cicerón es un ejemplo vivo de ello. En sus obras, es él quien traza los principios y la evolución de la cultura romana, reencarnación, en parte, de la cultura griega. Sus diálogos *De senectute*, *De amicitia*, *De re publica* nos describen el cuadro de las costumbres e instituciones de la época gloriosa de los Escipiones¹³, correspondiente a los años entre el 150 y el 130 a.C. Gracias a él, y en particular, a su libro *De officiis*, podemos conocer la doctrina del estoico Panecio, un Rodense, que llegó a Roma poco después del 150 a.C. y trabó amistad con «filohelenistas», como Escipión Emiliano, Lelio y otros.

Panecio fue el instrumento que, con la difusión de la doctrina estoica, retardó el derrumbamiento del poderío romano y el de su influencia cultural. El fue quien humanizó y supo adaptar a los problemas reales de la vida la filosofía tétrica de Crisipo, suavizando sus aristas. Cicerón, cuando, en los últimos años de su vida, vea que el mundo en que había vivido se viene abajo, y que la República, que tanto había amado, se hunde, sentirá la necesidad de refugiarse en la filosofía estoica y tratará de vaciar en sus escritos de última hora el pensamiento de Panecio. Buen ejemplo de ello es su tratado político *De re publica*, tan empapado de doctrina filosófica. Esta filosofía la creía Cicerón íntimamente ligada a la «Edad de Oro», que para él arrancaba del tiempo de los Gracos, lle-

13 P. Grimal, *Le siècle des Scipions* (Aubier, Ed. Montaigne, 1953).

gando a su plenitud en la época gloriosa de Mario y Sila, antes de que se desencadenara entre ellos la guerra civil, de tan funestas consecuencias para las instituciones y el futuro histórico de Roma.

En realidad, las obras de Cicerón y las de los demás escritores latinos de la antigüedad clásica, son un rico filón para documentar e ilustrar las más diversas disciplinas: historia, geografía, derecho, religión, arte, filología, filosofía, sociología, etc. Poseemos testimonios muy valiosos de todo ello —por no hacer referencia más que a un grupo de sus escritos— en la rica correspondencia del Arpinate¹⁴. Las «Memorias» de César son una fuente abundante para el conocimiento topográfico de los diversos escenarios bélicos, de los países donde tuvo que desarrollar su actividad el Caudillo de Roma y su ejército¹⁵. Tito Livio, en particular, dada la extensión inabarcable de su ingente obra¹⁶, nos ha conservado una copiosa documentación, envuelta generalmente con el ropaje literario, sobre las principales facetas de la «Historia de Roma»¹⁷. Lo propio podríamos decir de Tácito, de Salustio, de Lucrecio, de Virgilio, de Horacio, de Ovidio, de Séneca, etc., por no citar más que los autores más representativos. En las obras de todos ellos se ha ido recogiendo el rico tesoro espiritual, moral, histórico, cultural, en una palabra, que el mundo y la civilización romana ha legado a las generaciones venideras, que siguen así ejerciendo su magisterio perenne.

A través de la literatura latina, se ve claro que los grandes valores de la antigua civilización y del pensamiento romano, remontando los siglos, han llegado hasta nosotros. La noción,

14 J. Carcopino, *Les secrets de la correspondance de Cicéron*, 2 vols. (Paris, L'Artisan du livre, 1947).

15 El Dr. Michel Rameaud, prof. de la Universidad de Lyon, como especialista de César, ha dado a la publicidad varias obras y muchos artículos relativos al caudillo de Roma y su obra; cf. también Sebastián Mariner, *Hispania como tema político en la obra de Julio César* (Madrid, Cuaderno de la Fundación Pastor, 1969) 71-108.

16 Marcial 14, 190:

*pellibus exiguis artatur Livijs ingens,
quem mea non totum bibliotheca capit.*

17 Cf., por vía de ejemplo, varios artículos publicados en *Helmántica*, sobre el tema de la religión romana en Tito Livio: Jiménez Delgado, 'Dificultad del tema' 11 (1960) 49-77; 'Orientación bibliográfica' 11 (1960) 461-484; 'Los prodigios en la obra titoliviana' 12 (1961) 27-46; 12 (1961) 441-461; 14 (1963) 381-419. También, J. Carcopino, *Contactos entre Historia y la Literatura romanas* (Madrid, Espasa-Calpe, 1965).

por ejemplo, de solidaridad humana constituye una de las más valiosas aportaciones del mundo antiguo, que nos ha sido transmitida por los escritores latinos. Partiendo de una realidad mínima, la *gens*, poco a poco la idea evoluciona hasta llegar al llamado *ius gentium* o «derecho internacional», pasando por realidades intermedias, como son la *ciuitas*, con su *ius ciuile* y la *res publica* o «nación», con su *senatus* o sistema de gobierno, que en Roma remonta a los primeros tiempos de la monarquía. Así se ve que todo el mecanismo institucional del poderío de Roma, tiene como eje y sostén un estamento natural, la *gens*, cuya primera autoridad era el *paterfamilias*, de donde nacía la representación senatorial. Vino luego la *ciuitas*. La unión de varias ciudades en un régimen común dio origen a la nación, la *res publica*. La nación era gobernada por un senado, es decir, el grupo más representativo por su autoridad y prestigio, que por coincidir, sobre todo al principio, con los de más edad, recibieron el nombre de *senes*, y *senatus* la corporación por ellos formada. Los que en Roma gozaban de plenitud de derechos recibían el nombre de *ciues*. Gozaban del *ius ciuitatis* o «derecho de ciudadanía». Pronto se sintió la necesidad de establecer un código legal, para regular las relaciones de los ciudadanos entre sí, y surgió el llamado *ius ciuile*. Cuando Roma creció en extensión y en poderío, se necesitó un código de mayor amplitud, que coordinara los derechos y relaciones públicas de los diversos pueblos entre sí. Es el momento del *ius gentium* o «derecho internacional». En Roma y en su literatura encontramos el germen lexicográfico de todo este complicado instituto jurídico, que nos es tan familiar en plena época atómica. Por eso insistimos en que el estudio de la antigüedad romana y del latín, que es el vínculo para llegar al meollo de la misma (proporcionalmente podríamos decir lo mismo de la lengua y de la literatura griegas) ofrece un panorama inmenso y de gran valor no sólo a los especialistas, sino también para cuantos sienten curiosidad por la historia del mundo y de su civilización. Y esto tiene particular aplicación para los juristas, porque Roma ha sido la verdadera *mater legum*. Si el pueblo griego brilló por sus creaciones filosóficas y artísticas, el pueblo romano alcanzó su mayor gloria por su *disciplina* y por su *leges*, que dieron origen al código romano,

que durante muchos siglos se mantuvo en vigor en todos los pueblos de Occidente. Cosa parecida podríamos decir con relación a los etnólogos, arqueólogos, historiadores, etc., sobre todo hoy, cuando el mundo mediterráneo antiguo constituye, en la perspectiva de la etnología y sociología modernas, un verdadero laboratorio, donde nuevas teorías surgen sin cesar y son sometidas continuamente a prueba.

No acaba aquí el razonamiento de Grimal. La última parte es, quizá, la más sabrosa. La expongo a continuación, con la libertad que propugnaba Cicerón para sus versiones del griego¹⁸. Dice así:

La importancia científica del mundo romano y del estudio de su lengua es tal, que el beneficio principal que de ello puede sacarse va más allá de lo que comúnmente se cree. Si es cierto que todo profesor, cuya misión consiste en transmitir la herencia cultural del pasado, no puede menos de conocer las fuentes mismas donde se encierra dicha herencia, es forzoso pensar que este conocimiento será también preciso, decisivo, para aquellos otros, que, aun sin ser profesores, buscan una cultura orientada fatalmente hacia los siglos preteritos.

El equilibrio y la comprensión, fruto de estos estudios; esa atención paciente a las palabras, para remontarse por ellas a los hechos, personajes e instituciones en ellas encarnados; el saber sobreponerse a los prejuicios e ideas preconcebidas, para, remontándose por encima de los tiempos, ver claro a través de los drenajes insidiosos, que la sociedad impone a los hombres; todo esto supone un aprendizaje y una formación, que no encuentra igual en ninguna otra disciplina. Por eso pensamos —continúa diciendo el Dr. Grimal— que el estudio de las lenguas clásicas en la Universidad puede significar una ayuda eficaz para todos aquellos, que, aun sin ser llamados a ejercer la enseñanza del griego, del latín o de la lengua patria, se niegan a verse encerrados en las limitaciones del sistema espiritual e intelectual de la hora presente. Para ellos, esta penetración en profundidad en un pasado,

18 Cic., *De opt. genere orat.*, 14: *Nec conuerti ut interpres, sed ut orator... non uerbum pro uerbo necesse habui reddere, sed genus omne uerborum uimque seruaui. Non enim ea me adnumerare lectori putauit oportere, sed tanquam appendere.*

que se ha manifestado especialmente fecundo con relación a la historia y a otras ramas del saber, será una liberación, que les permitirá mirar el futuro con independencia y, tal vez, con serenidad.

Una de las lecciones, que se desprende de este contacto con la antigüedad clásica, es acostumbrarse a descubrir en todo, lo verdadero y lo útil, para establecer la justicia en la sociedad, no por vía de violencia, sino de persuasión, considerando que todo el pensamiento y la acción humana, en un momento dado, tiene su punto de apoyo en la lengua, que puede ser o un instrumento de fidelidad y de progreso, o puede conducir a la más abyecta esclavitud, según que uno sepa constituirse en señor y dueño de la palabra y del pensamiento o se deje arrastrar vilmente por ellos.

II.—¿HUMANISMO O ANARQUIA?

Con este epígrafe —bien expresivo por cierto— el Prof. M. Ruch publica un editorial en la revista «Vita Latina», órgano de la sociedad del mismo nombre, que dirige el Dr. P. Grimal¹⁹. El editorial es de gran actualidad y de gran peso. Dice así:

Después del discurso ministerial de julio de 1968²⁰, se han levantado en Francia voces, por encima de los prejuicios y de las doctrinas políticas, en defensa del humanismo clásico, que constituye en realidad aún hoy día el esplendor de la enseñanza francesa y el prestigio de nuestro país en el mundo entero. Por encima de todo lo que desune, la virtud formativa,

19 M. Ruch, *Humanisme ou anarchie?*, en *Vita Latina* 44 (mense octobri, anno MCMLXXI) 2.

20 Después de los lamentables días de mayo y junio de 1968, en que la agitación estudiantil y obrera llegó a paralizar casi por completo la vida industrial, docente y administrativa de Francia, al abrirse el nuevo período legislativo bajo la mano inflexible de De Gaulle, el ministro de Instrucción Pública, Faure, quiso demagógicamente dominar la situación, y hacer concesión al graderío, orientando su plan de instrucción hacia un predominio desmesurado de las ciencias, con perjuicio de los estudios clásicos. Esto motivó una réplica valiente de la «Societas Vitae Latinae», que se reunió en Aviñón, en abril de 1969, en número muy considerable, para hacer oír su voz dentro y fuera de Francia, bajo la dirección del Prof. P. Grimal, contra las orientaciones ministeriales.

el valor intelectual y moral, la universalidad de la cultura antigua, de la que somos herederos, son reconocidos, como factores permanentes e insustituibles, tanto en la vida individual, como en la vida social. Los representantes más destacados en cada disciplina, incluidos, sobre todo, los de matemáticas y ciencias físicas, han afirmado con valentía su fe en esta misión, que Francia debe continuar ejerciendo, a trueque de renegar de la gloria de su pasado. Cuando los dos pueblos más altamente industrializados del mundo —Norteamérica y Rusia— reconocen que «este suplemento del espíritu» es necesario para superar la angustia que hace nacer en nosotros el progreso meramente materialista y técnico, ¿podremos ofrecer el espectáculo de una vergonzosa deserción del puesto que nos corresponde, como quien trata de apresurar la fuga? El humanismo nos aporta, por el contrario, el remedio, que hoy está necesitando la llamada sociedad de consumo. Por lo demás, no existiría la ciencia, si los griegos no hubieran creado las estructuras mentales que les sirven de base; ni sabríamos organizarnos, si los latinos no hubieran elaborado el derecho. Estos dos supuestos condicionan hoy día nuestra existencia; porque no queremos una civilización que se circunscriba a la posesión o a la adoración de los objetos, sea cual fuere su precio o la estima en que sean tenidos.

¿Cómo encontrar este sentido de valores, de que habla recientemente otro ministro, si no aprendemos de los griegos el amor a la moderación y de los latinos la necesidad de la disciplina?

La iniciación en latín y en griego, lejos de constituir una barrera al progreso, en lo que el progreso tiene de sano, en una época como la nuestra, en la que no es fácil acortar distancias y dar con el punto de convergencia entre las matemáticas y la filosofía, crea precisamente esa apertura de espíritu, que ha caracterizado a los grandes sabios, y que permite, de por sí, hacer los reajustes que sin cesar reclaman la realidad de los hechos y la novedad de las ideas. Pero el humanismo es también el medio excepcional de evitar la segregación racial, que siempre ha tenido como base la ignorancia continuada y la villanía intelectual.

El humanismo, de interés común para todos los grados del saber, debe continuar, sin disparidad de privilegios ni de

clases, a disposición de todos. Nada más urgente, en medio de los peligros que nos acechan, que la promoción moral, esa elevación del nivel general de la cultura, de la reflexión, de la conciencia, si se quiere que el futuro pueda todavía ofrecer algo útil a las nuevas generaciones, en lugar de esa sensación de angustia desesperante y absurda, que es precisamente la negación del hombre, abandonado al vaivén de la anarquía.

III.—PROYECTO DE LICENCIA «LATIN - LENGUA ROMANICA»

Aquí son hechos y no palabras los que salen en defensa del latín. El proyecto lo presenta el jefe del departamento de latín de la Universidad de Estrasburgo, Prof. Robert Schilling, en el último número de «Vita Latina»²¹. Es un proyecto altamente esperanzador. Ha sido elaborado conjuntamente por romanistas y latinistas del grupo estrasburgués. Después de varios encuentros amigables se llegó a la redacción definitiva, cuyo texto, sometido a la consideración del Comité Central de «Vita Latina», presidido por el Prof. P. Grimal, mereció la aprobación unánime. Aunque dicho proyecto se ha redactado con miras a la Universidad de Estrasburgo y de acuerdo con las normas ahora vigentes en aquel centro universitario, la aplicación puede hacerse *mutatis mutandis* en cualquier otra Universidad. Después de un período de experimentación, los promotores esperan conseguir la aprobación oficial, en orden a una *Licenciatura Latín-Lengua Románica*, que auguran será muy bien acogida tanto por el profesorado como por el grupo cada vez creciente de alumnos interesados.

El proyecto se basa en razones de orden científico y de orden práctico:

1.º *Razones científicas.*

Con esta licenciatura se pretende estrechar los lazos de unión, que siempre debieron haber existido entre la lengua

²¹ *Vita Latina* 44 (oct., 1971) 45-47; Robert Schilling, *Projet de création d'une licence et d'une maîtrise "Latin - Langue romane"*.

madre (el latín) y las diversas lenguas de ella derivadas, las llamadas lenguas románicas. Para ello, se esfuerza en proponer una enseñanza del latín tan exacta y profunda como sea posible, en conexión con alguna de las lenguas románicas, escogida como fundamental por el candidato. Sobre todo, introduce a nivel de licenciatura (tercer curso) el estudio de la filología comparada entre latín y las diversas lenguas románicas, que hasta el presente venía a ser el pariente pobre en el sistema actual.

Abre así un campo nuevo donde iniciar la investigación en orden a las tesinas de licencia, y aun de tesis doctorales, dentro de la propia materia de cada especialización.

2.º *Razones prácticas.*

Este nuevo tipo de licencia no trata de establecer una reñida competencia con la licencia en filología clásica, ni en filología moderna. Va destinado a los estudiantes, cada vez más en número, que, al salir de la enseñanza secundaria, han estudiado el latín sin el griego. Estos estudiantes con frecuencia quieren escoger una lengua románica (español, italiano, portugués, rumano) sin abandonar el estudio del latín.

La implantación de este proyecto permitirá emplear mejor el tiempo de los futuros profesores de italiano o de español, nombrados por el C. E. S. A veces se encuentran con pocos alumnos en su lengua respectiva y, gracias al latín, será fácil llenar el tiempo exigido por la reglamentación legal. La lengua romance saldrá así reforzada por el mayor conocimiento de la lengua madre.

Los pormenores de la distribución de los cursos, con horarios y disciplinas, para esta nueva licenciatura, pueden verse en el número antes anunciado de «*Vita Latina*»²².

No cabe duda, que esta nueva modalidad de licenciatura representa un paso importante en la defensa del latín y en su estabilización en los centros universitarios.

Así, unos con palabras, otros con hechos, van consolidando en el mundo la causa del latín, objeto de tantos ataques por parte de tantos enemigos como la ignorancia y la pasión han ido creando en todas partes. Los tres grandes defensores

22 Cf. *Vita Latina* 44 (oct., 1971) 46-47.

que hoy hemos presentado —P. Grimal, M. Ruch, R. Schilling— valen por todo un ejército. Luchan con brío, con entusiasmo, con fe, seguros de su causa, que es la causa de la justicia, de la verdad, de la civilización. Al fin de cuentas deben triunfar, porque luchan *pro aris et focis*, que es lo mismo que luchar por la religión y por la patria.

Toledo, 25 de noviembre de 1971.

JOSE JIMENEZ DELGADO